

La experiencia litúrgica y sacramental a 50 años del concilio Vaticano II

Por Arcángel Moreno Castilla



Instituto Diocesano de Teología «Beato Narciso Estenaga»
Lección de clausura del curso académico 2012–2013

Con las debidas licencias eclesiásticas

Presentación

Grandes acontecimientos hemos vivido durante el curso 2012–2013. En octubre, participábamos con alegría en la designación de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal, y unos meses después inaugurábamos en nuestra Diócesis el *Año Jubilar de San Juan de Ávila* en su localidad natal, Almodóvar del Campo. Al empezar la Cuaresma de 2013, el Papa Benedicto XVI nos anunciaba su renuncia al ministerio petrino en fidelidad al Señor y a la Iglesia; antes de la Pascua saludábamos al nuevo sucesor de San Pedro, «venido casi del fin del mundo», el Papa Francisco. La Iglesia vive además un *Año de la fe*, convocado para celebrar los cincuenta años de la inauguración del concilio Vaticano II. Acontecimientos que impregnan el corazón y la inteligencia del creyente, y que en el Instituto Diocesano de Teología tienen un sencillo hogar de acogida, resonancia y pensamiento.

La lección de clausura del curso estuvo este año encomendada al profesor D. Arcángel Moreno Castilla, que celebra además sus bodas de plata sacerdotales. Para terminar el curso quisimos mirar al Concilio pero no para recordar el pasado, sino para cosechar en el presente las riquezas que el Espíritu Santo sembró hace cincuenta años para la Iglesia del siglo XXI. En buena parte, y esto es una constatación personal, el Concilio no ha iluminado aún con su luz

la *casa* que es la Iglesia, y cincuenta años después no debemos permitir que sea una luz escondida bajo el celmín.

La conferencia de D. Arcángel se centró en la experiencia litúrgica y sacramental, tomando como referencia la constitución *Sacrosantum concilium*, que fue la primera en ser aprobada, como primicia de la renovación eclesial. Nuestro deseo es que los trabajos del Instituto Diocesano de Teología, de profesores y alumnos, contribuyan también a esta tarea.

Juan Serna Cruz,
Secretario del Instituto Diocesano de Teología

A modo de introducción

El 4 de diciembre de 1963, en presencia de Pablo VI, se aprobó y se promulgó la Constitución sobre Liturgia. Se cumplían cuatro siglos desde que en Trento (4-XII-1563) se encomendara a la Santa Sede la tarea de una reforma litúrgica que luego no llegó a realizarse. «Cuando el secretario general del Concilio, Mons. P. Felici, anunció el resultado de la votación, un prolongado e interminable aplauso, cuyo eco se repetía una y otra vez, de tribuna en tribuna, en las amplias naves, en los espacios inmensos de la basílica, acogió la fórmula ritual del prelado: Santísimo Padre, la Constitución litúrgica ha sido aprobada por los Padres por 2.147 votos a favor y 4 en contra. Fue aquél un momento emocionante. Un momento histórico»¹.

Nunca en la historia de la Iglesia se había abordado con tanta hondura el tema litúrgico y con tanta decisión. Se trataba de un programa de reforma global que no ha tenido paralelo. No sólo había acabado la *época del rubricismo* que se había instalado durante cuatro siglos –desde Trento–. Cien años antes del Concilio, prácticamente, se había removido la conciencia de la Iglesia buscando una noción de Liturgia que nos acercara a las celebraciones

¹ BUGNINI, A., *La reforma de la Liturgia (1948-1975)*, ed. BAC, Madrid 1999, p. 33-34.

y textos más genuinos de la historia: era el llamado *Movimiento Litúrgico*. Quizá por eso fue el primer documento aprobado por el Concilio: habían precedido muchos años de estudio, de meditación y de revisión. El fruto había madurado. Si bien, al ser la primera Constitución en ser aprobada, necesita de ulteriores apoyos (p. e. *Lumen gentium*) para desarrollar algunos de sus principios, sobre todo en temas relacionados con la eclesiología... de todas formas **se hizo verdad que de una Liturgia reformanda se dio el paso a una Ecclesia reformanda**².

Pero las cosas han cambiado. El contexto cultural en el que hoy nos movemos, la situación de la Iglesia en nuestro mundo, ya no se corresponde con aquellos años. Hoy, más que hablar de la *reforma litúrgica*, habría que hablar en positivo y con esperanza sobre cómo afrontar el programa litúrgico que ya tiene la Iglesia, **cómo entrar y vivir de la Liturgia de la Iglesia con todas las riquezas y retos que hoy tiene**. Al menos este es el punto de vista desde el que se escriben estas líneas, como decía Kierkegaard «hay cosas que cada generación vuelve a comenzar desde el principio».

Miramos la Liturgia que celebramos, una situación presente que se proyecta como *nueva evangelización*, una especie de comienzo desde el inicio para encontrar la frescura de la presencia del Resucitado en la Iglesia y en el mundo. Más que de nostalgia del pasado estaríamos ante «la nostalgia de lo por venir». La reforma de los libros litúrgicos ya está hecha (prácticamente) y la vida de la Iglesia se alimenta y se orienta desde la presencia del Señor que viene. Como dice el Cardenal W. Kasper «no se puede estar intentando modificar incesantemente la Liturgia [...] necesitamos **una renovada cultura litúrgica sacramental** en la que la Liturgia sea epifanía,

² OÑATIBIA, I., *La «Sacrosanctum Concilium», un hito histórico* en Phase 169 (1989) 45-52; FRANQUESA, A., *El Concilio Vaticano II y la Constitución obre la Sagrada Liturgia* en Phase 167 (1988) 383-414.

en la que se alcance la experiencia de la infinita excelsitud y la ilimitada fascinación del Dios santo en los momentos de quietud, de la contemplación y de la escucha, de la adoración y de la alabanza»³.

Conscientes de esto, reconocemos con K. Rhaner –citando la Escritura–: «levántate, porque aún hay mucho por andar» (1 Re 19,7) [...] Constantemente tocamos la sinfonía inacabada de la gloria de Dios y nunca pasamos del ensayo general». Por eso vamos a *leer* con ojos de futuro lo que el Concilio, en **algunos de los principios** que guiaron la *reforma litúrgica*, nos ha dejado para hoy, para mañana. La Liturgia ya no será la «forma estética del culto cristiano», mera Liturgia ceremonial, ni se podrá reducir al mero cumplimiento jurídico-ritual como expresión de perfecta realización. La profundización vendrá del empeño por *entrar* (mistagogía) en el misterio de la persona de Cristo. Así proyectamos la Liturgia sacramental con la que celebramos hoy.

³ KASPER, W., *Tiempos sagrados, lugares sagrados, signos sagrados en un mundo mundanizado* en AUSTIN, G.-KOCH, K., *La Liturgia como centro de la vida cristiana*, ed. Sal Terrae, Santander 2013, p. 35.



Cuestión de principios

La Constitución aprobada por el Concilio tenía una doble serie de principios: orientativos y operativos⁴. Son algunos de estos principios de carácter teológico–pastoral que sustentan la reforma lo que queremos evidenciar desde la Liturgia que hoy vivimos.

La crisis de la práctica sacramental en la actualidad no es posible separarla del ámbito de la crisis de fe que vivimos. La Liturgia, sobre todo la Eucaristía, no es un aspecto marginal de la vida cristiana y, sin embargo, hay muchos cristianos que viven con distancia su experiencia litúrgica o dice que la Eucaristía no les alimenta espiritualmente (independiente de las razones que son diversas). Y quizá hay que comenzar recordando algo que es básico: que **la liturgia (leit-urgia), etimológicamente, no depende del discurso crítico sino de la acción**. La celebración pretende instaurar o restaurar una nueva relación con Dios, con los demás y entre los participantes⁵.

⁴ AUGÉ, M., *Liturgia. Historia, celebración, teología, espiritualidad*, ed. CPL, Biblioteca Litúrgica, Barcelona 1995. LOPEZ MARTIN, J., «*En el Espíritu y la verdad*». *Introducción teológica a la Liturgia*, ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1993. BUGNINI, A., Op. Cit., pp. 27-43.

⁵ CHAUVET, L M.; *Práctica sacramental y experiencia cristiana en Seleccion de Teología* 143 (1997).

Hoy vivimos un **déficit de agradecimiento** y por eso se dificulta el fundamento vital de la Liturgia. «La Liturgia brinda al ser humano la saludable experiencia de que no puede darse la vida a sí mismo... sino que recibe siempre y de nuevo su vida como don de Dios, de tal modo que se experimenta como un ser agradecido y, por consiguiente, no solo capacitado para la Liturgia sino necesitado de ella»⁶. Por tanto, la experiencia litúrgico-sacramental se convierte en mediación fundamental para la vida cristiana.

⁶ KOCH, K., *La Liturgia de la Iglesia como fiesta de la fe viva* en AUSTIN, G.-KOCH, K., *La Liturgia como centro de la vida cristiana*, ed. Sal Terrae, Santander 2013, p. 38-40.

La Liturgia en la perspectiva de la historia de la salvación (SC 5-6). La experiencia litúrgica no es una realidad estática.

Después de describir la historia de la salvación, centrada en el Misterio Pascual de Cristo, *Sacrosanctum concilium* (SC, 5) pasa a presentar la Liturgia como **actualización sacramental** de dicha historia (SC 6). Es decir, **el contenido de la Liturgia es la historia de la salvación** (bastaría leer despacio la Plegaria Eucarística IV para verlo de modo evidente). La Liturgia, por consiguiente, forma parte del plan de salvación; **es el último momento de la historia de la salvación**. Historia que **en la celebración aparece en acto**⁷. **El fiel forma hoy parte de esta historia**, hoy la comunidad es el pueblo que camina y celebra; camina y canta.

Por tanto, la experiencia litúrgica asume el dinamismo de la vida porque es historia viva, nada se para, nada es autocontemplación de la Iglesia. Es el pueblo que camina con su Señor.

Es aquí donde puede resultar realmente interesante recordar la perspectiva expresada por el profesor **C. Giraudo** en sus estudios

⁷ MARSILI, S., *La Liturgia, momento storico della salvezza* en AA.VV. *La Liturgia, momento nella storia della salvezza*, ed. Marietti,, Casale Monferrato, 1988, pp. 31-156.

sobre la Eucaristía, ya antes de los años 90 del siglo pasado⁸. La teología de la Eucaristía, en el segundo milenio, ha estado condicionada por una opción metodológica que parte de la discusiones medievales sobre la presencia de Cristo: cómo se realiza, en qué momento acontece, cuáles son las palabras que la producen. Todo ello plasmado de modo sensible en la Liturgia eucarística, en un modo de celebrar.

Dice Giraudo que «la teología occidental ha tratado la plegaria eucarística de modo parecido al relojero aficionado que, para descubrir el funcionamiento de un reloj perfecto, lo desmonta pieza a pieza, sin darse cuenta de que su curiosidad por conocer el mecanismo le ha llevado a parar su movimiento, que es lo que habría revelado su secreto»⁹. Resulta evidente que si se ha actuado así, nos hemos perdido el funcionamiento del *mecanismo* sacramental y nos hemos acostumbrado a una visión más bien estática de la Eucaristía.

El dinamismo de la historia de la salvación vivido en la Liturgia nos lleva, pues, a mirar al primer milenio, a los Padres de la Iglesia, cuya preocupación era introducir a los fieles, mediante la comprensión orante, en el misterio de la celebración. «En la teología de los sacramentos, primero oraban y después creían, oraban para poder creer, oraban para saber cómo y qué debían creer»¹⁰. También hoy habría que preguntarse de

⁸ GIRAUDO, C., *Eucaristía per la Chiesa. Prospettive teologiche sull' eucaristia a partire de la «lex orandi»*, ed. Morcelliana y Pontificia Università Gregoriana, Roma 1989. Acaba de salir en español: *La plegaria Eucarística*, ed. Sígueme, Salamanca 2012. Síntesis realmente interesante.

⁹ GIRAUDO, C., *La plegaria Eucarística*, p. 10-11. «Qué decir de aquellos que se dejaron llevar por su curiosidad... por ejemplo, si en la eucaristía el Cuerpo de Cristo estaba entero o no, si tenía o no color...?»

¹⁰ GIRAUDO, C., Op. Cit. p. 13-16.

qué modo plantear la experiencia litúrgica tan entrañada en la fe y en la oración (tanto en los fieles como en quienes presiden los sacramentos).

Por tanto, la tarea actual no es la formación sino un determinado tipo de formación: **la mistagogía, la introducción en el misterio celebrado**. Cómo hacer una catequesis que no sea sólo cerebral o teórica sino cómo introducir al fiel en la vivencia de Cristo presente sacramentalmente. La situación actual es difícil pero debería hacernos pensar por qué niños o jóvenes, al hacer la Primera Comunión o celebrar la Confirmación, en un número excesivamente elevado ya no vuelven a la Eucaristía.

Por eso urge en nuestra Iglesia una reflexión en hondura sobre **el proceso de Iniciación Cristiana**, reflexión que se viene haciendo después del Concilio y que aporta nuevas perspectivas para la pastoral. Se nos recordó que para celebrar los sacramentos hace falta fe y una clara pertenencia eclesial: los sacramentos «no sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas; por eso se llaman sacramentos de la fe» (SC 59).

En este campo sería interesante recordar que hay celebraciones que son precatecumenales o celebraciones catecumenales y Liturgias sacramentales, su diversidad hace más rica la experiencia litúrgica pero no es así muchas veces. La antigua *disciplina del arcano*, que hacía esperar al que se acercaba a los sacramentos, hacía que la experiencia litúrgica tuviera un ámbito de expectativa para pasar de la fe narrada, a la fe vivida y celebrada sacramentalmente. Estas riquezas, posiblemente, hoy no las tenemos. Eran auténticamente iniciados.

Hoy es necesaria esta reflexión también y más teniendo en cuenta la cantidad de generosos esfuerzos que se hacen en este

campo: ¿viven nuestros «confirmados» con esta expectativa? ¿Se consideran iniciados? ¿Consideran que han completado la Iniciación Cristiana? Probablemente no se les ha planteado así y la catequesis y la teología tienen ciertamente difícil poder justificar que la Confirmación es el culmen de la Iniciación Cristiana cuando ya se ha recibido la Eucaristía con anterioridad¹¹.

¹¹ «... sacramento de la confirmación personal y subjetiva en la conciencia bautismal; como si esta autoafirmación fuera la que diera validez y entidad al bautismo. Un auténtico alarde de reductivismo de este sacramento y de autosuficiente subjetivismo, que sin duda, haría las delicias de los más exigentes pelagianos» en LOPEZ VALLEJOS, A., *Luces y sombras de la reforma litúrgica desde la perspectiva pastoral* en Asociación de Profesores de Liturgia, *Luces y sombras de la reforma litúrgica*, ed. Sekotia, Madrid 2008, pp. 91-92.

La Liturgia, obra de la Trinidad. Insistencia pneumatológica.

Pero ¿qué es lo que realmente acontece en la celebración litúrgica? Si silenciamos el misterio pascual ya no estamos hablando de Liturgia cristiana¹². Y aún más: ¿Estamos convencidos de que la Redención es sobre todo acción de Dios; que es la realización de un plan eterno en una acción que procede de la eternidad de Dios, se realiza en el tiempo y en el espacio y tiene nuevamente su término en el mismo Dios eterno? Es decir, ¿estamos convencidos de que la Liturgia es obra de la Trinidad?

Estamos en el centro de nuestra fe. La salvación es historia y se ha manifestado en la historia: en la plenitud de los tiempos, **la encarnación del Hijo** es la manifestación suprema de esta ley de la encarnación. Cristo, su persona, es el misterio de Dios, el sacramento primordial y en Él se verifica este concepto de misterio–sacramento. Y la Iglesia lo prolonga en el tiempo a través del ámbito litúrgico–sacramental. Por eso, profundizar en la Liturgia cristiana es profundizar en la teología del misterio de Cristo. «Cristo el Señor realizó esta obra de redención humana y de glorificación perfecta de Dios [...] principalmente por el Misterio Pascual...» (SC 5). Como se ve, son todos datos de una **sacramentología fundamental** a la que el cristiano debe acostumbrarse a reflexionar.

¹² OÑATIBIA, I., art. cit. p. 57.

Por todo esto afirmamos que **las acciones litúrgicas hacen realmente presente el acontecimiento de salvación**. «Por medio de la Liturgia se ejerce la obra de nuestra redención» (SC 2). «La Iglesia no ha dejado nunca de reunirse para celebrar el misterio pascual, celebrando la Eucaristía» (SC 6). «Para llevar a cabo una obra tan grande, Cristo está presente en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos» (SC 7).

El Misterio Pascual **no se repite, se celebra**. Y en cada celebración **la acción del Espíritu Santo hace nueva la actualización del misterio**. Es el Espíritu quien pone en relación a la Iglesia con el misterio salvador. El memorial adquiere toda su novedad por **la fuerza de este Espíritu (epiclesis)** y sobrepasa toda concepción meramente racionalista de la celebración. La misma Iglesia pide al Padre que envíe el Espíritu sobre los dones eucarísticos y sobre los fieles. El Misterio Pascual sólo es comprensible en esta estructura trinitaria de la celebración litúrgica.

No es extraño, pues, considerar la Liturgia como un don de la Trinidad a la Iglesia. Porque en realidad es la comunión trinitaria la gracia que la Iglesia pide y espera en toda acción sacramental¹³. Es un dinamismo nuevo, envolvente, que suscita entrar en el amor de Dios para ser transformados, re-creados, renovados. El pan, el vino, la vida... son incorporados al misterio de Dios. A los ojos del no-iniciado todo esto pasa desapercibido.

¹³ «De seguro que la nueva Liturgia ayudará al pueblo cristiano a percibir esta presencia y protagonismo de la trinidad en las celebraciones litúrgicas y a vivirlas como auténticas hierofantas trinitarias, a poco que cumplan los pastores con su oficio de mistagogos», LOPEZ MARTIN, J., *La experiencia de la Trinidad en la Liturgia romana restaurada*, en Estudios trinitarios 13 (1979) 151-206. OÑATIBIA, I., art. cit., p. 76.

La Liturgia, «ejercicio del sacerdocio de Cristo» (SC 7). La insistencia cristológica: el Misterio Pascual

El Misterio Pascual, centro de toda la historia de la salvación, ilumina la comprensión de la novedad de la Liturgia cristiana respecto a las categorías litúrgicas del AT. Cristo muere en la cruz, entregando su vida por nosotros en obediencia al Padre. Sin embargo, el Calvario es *ritualizado* anticipadamente en los gestos sencillos de la Cena Pascual: aquí se funda la necesaria mediación del memorial por el cual los cristianos celebran la Nueva pascua (SC 7).

Todo culmina en la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Parece claro, pues, que lo que funda la Liturgia no es un rito o un mito sino la existencia, la persona de Jesús de Nazaret. Categorías litúrgicas como sacerdocio, templo, sacrificio, cordero pascual... adquieren desde Cristo un contenido nuevo y pleno. Toda la vida del creyente queda inmersa en la dinámica de esta nueva existencia.

Esto no significa que haya que reducir la vida pastoral a celebración pero «sería, al menos, un error de miopía exegética y teológica excluir de la amplitud cultural de la vida cristiana los actos específicos con los que la comunidad primitiva «celebraba» el misterio de Cristo en la fracción del pan y en las oraciones. La actitud reductiva de la teología radical, que por recuperar el sentido cultural de toda la vida cristiana rechaza el valor de las celebraciones litúrgicas, es el fondo tan absurda como la que quisiera encerrar lo litúrgico cristiano en los límites de lo ritual-cultural»¹⁴.

¹⁴ CASTELLANO, J., *Celebración litúrgica y existencia cristiana* en Revista de Espiritualidad 38 (1979) 61.

Entre la existencia cultural de Cristo (resumida en su entrega al Padre) y la existencia cultural de los cristianos hay una **continuidad explícita** que se manifiesta a través de la celebración litúrgica de la comunidad. La referencia a la Palabra, a la existencia de Cristo, de su Espíritu es absolutamente necesaria: Cristo es la mediación necesaria. Cuando Cristo manda a sus discípulos «haced esto en memoria mía» está estableciendo la **relación esencial entre la confesión de su nombre y su presencia resucitada, sacramental** en medio de la comunidad. Más allá del mero recuerdo, la Liturgia presencializa el Misterio Pascual para nosotros. «No hubo una celebración de los cristianos que no remitiera al Jesús de la historia confesado como Señor. No hubo reconocimiento de Cristo que no desembocase en la invocación»¹⁵.

Las rupturas o polémicas entre fe y sacramento, compromiso y celebración, Liturgia y caridad, evangelización y sacramentos... tienen aquí su raíz. Una Cristología o Sacramentología alejada de la Liturgia corre el riesgo de perder de vista la continuidad fundamental entre el Cristo histórico y el Señor Resucitado. **La comunión vital con Cristo pasa por la ritualización del memorial en la comunidad cristiana, en la Liturgia de la Iglesia.** Toda esta polémica no favorece la comprensión en profundidad de lo que es la Liturgia cristiana. El *cristianismo no practicante* incluye dentro de su definición una gran contradicción: no se puede ser seguidor de Cristo sin comunión vital con su existencia.

La Liturgia se comprende como **teología hecha oración**. Por medio de signos sensibles, se significa y se realiza todo el bien que Dios quiere para el hombre y el Cuerpo de Cristo celebra ofreciendo a Dios tanto bien recibido. Se pone en el centro a Cristo, su muerte y resurrección, pasando de este mundo al Padre, es el Señor. Es la

¹⁵ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Cristología y Liturgia. Reflexión en torno a los ensayos cristológicos contemporáneos* en Phase 18 (1978) 220.

Pascua de Cristo que continúa en el tiempo. La Liturgia no es otra cosa que la celebración, bajo aspectos y modos distintos, de este Misterio por el cual Cristo está siempre presente en su Iglesia.

Ya nada se puede plantear en Liturgia sin ir a su justo centro: el Misterio Pascual, Cristo. La Liturgia o es obra de Cristo o no es nada. Es el lugar privilegiado de la multiforme presencia de Cristo (SC 7). Como la crisis de fe es profunda, a veces no tenemos más remedio que hablar de unos mínimos para la validez del Bautismo o de otros sacramentos. La asamblea reunida, convocada, escucha y responde a la Palabra, participa del sacramento, hace memoria de su Señor, da gracias. No es mera reacción antropológica o ritual.

Por eso, la Liturgia «es un acto de teología, un acto por el que la Iglesia creyente se dirige a Dios, **entra en diálogo con Dios, hace afirmaciones sobre su fe en Dios y simboliza su fe por diversos medios**»¹⁶.

¹⁶ OÑATIBIA, I., *Opus nostrae redemptionis. Liturgia y Trinidad en La Liturgia en el inicio del tercer milenio. A los LX años de Sacrosanctum Concilium*, ed. Grafite, Baracaldo 2004, p. 55.



Manifestación de la Iglesia (SC 26). Insistencia eclesiológica.

El corazón de la Constitución es una profunda meditación sobre el misterio de la Iglesia contemplada como un torrente de amor brotado del costado abierto de Cristo en la cruz (SC 5). **La Liturgia, como signo, da la imagen más plena de la Iglesia.** En la Eucaristía se nutre la Iglesia, que continuamente crece y se renueva en la celebración. Por eso, ninguna otra acción de la Iglesia alcanza la eficacia de la celebración litúrgica.

En la celebración litúrgica, cuando todo el pueblo de Dios se reúne en torno a una misma mesa y participa activamente en la misma acción, unido en la oración, se ve esta manifestación de la Iglesia. Y porque es «sacramento de unidad», las acciones litúrgicas pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia (SC 26). Por eso, el Concilio incide en la preferencia de la celebración comunitaria sobre la individual: todos participan pero cada uno desempeña su papel según el ministerio recibido, la naturaleza del rito y las normas litúrgicas. (No es más litúrgica y participativa una celebración porque se *mueva* mucha gente en el altar).

Al recibir la Iglesia el Cuerpo eucarístico de Cristo, se transforma ella misma en este cuerpo. Agustín lo ha expresado así: «si, pues, vosotros mismos sois cuerpo de Cristo y sus miembros, entonces sobre la mesa eucarística se encuentra vuestro propio misterio [...]

Debéis ser lo que sois y debéis recibir lo que sois» (Sermo 272). La Iglesia es Cuerpo de Cristo si celebra la Eucaristía y recibe el Cuerpo del Señor.

La Iglesia hace siempre, ciertamente, la Eucaristía pero «¿en qué medida (o en qué proporciones) continúa ésta haciendo a la Iglesia?»¹⁷. Si la Eucaristía remite a nuestra propia identidad no deberíamos dejar pasar la oportunidad de exponer y enriquecer entre los fieles el misterio de la Eucaristía. Y no es cuestión de unas catequesis sino de una verdadera iniciación.

Queda abierta otra reflexión que excede esta reflexión: sobre los ministerios dentro de la celebración. Es verdad que ha habido un proceso de desclericalización de la celebración pero tampoco se trata de comprender la participación como una simple ascensión de seglares un poco más clérigos.

En este contexto eclesial, conviene caer en la cuenta de la importancia de la **Palabra de Dios (SC 24-25, 35, 51, 92)** y todos los esfuerzos que hizo el Concilio –todo un ejemplo de laboriosidad–¹⁸.

¹⁷ DORÉ, J., *El futuro de la Eucaristía visto desde Europa* en BROUARD, M. (dir.), *Enciclopedia de la Eucaristía*, ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2004; p. 971-974.

¹⁸ En la Constitución se prescribe que «en las celebraciones sagradas haya una lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada» (SC 35,1). Es interesante ver el enorme trabajo que llevó elaborar el Leccionario. El criterio fundamental fue «el misterio de Cristo y la historia la salvación». Todo ello presentado orgánicamente a los fieles a través del año litúrgico. Se trabajó desde cuatro caminos: 1) elaborar una colección de las perícopas bíblicas usadas en las diversas Liturgias, antiguas y modernas, occidentales y orientales. Un trabajo de Liturgia comparada que llevaba ejecutándose durante 80 años. 2) Treinta y un biblistas (De la Potterie, Schöckel, Schnackenburg, León-Dufour, Benoit...) debían

Oyentes de la Palabra, somos configurados como Iglesia a través de la escucha y el contexto sacramental acentúa su eficacia. El estudio de la Biblia y la promoción de grupos que la estudian con la el método de la *Lectio Divina* está siendo todo un aporte necesario hoy para acercarse a la Liturgia. «La Biblia, cuando se conoce mal, se reduce a una pantalla de la infancia sobre la que se proyectan imágenes» (Beauchamp, P.).

Este contexto sacramental recordamos la expresión de Lucas 4, 21: **«esta Escritura se cumple hoy»**. La comunidad debe entender que se dirige a ella. «Por tanto, su vida concreta debe ser puesta bajo la verdad de ella (la Palabra) para que, avivando su comunión con Aquel cuyo Memorial celebra, se haga así sacrificio «espiritual» en medio de la espesura de sus problemas, inquietudes, de sus gozos»¹⁹.

Esta vinculación de la Palabra y el Sacramento hacen de la Liturgia un lugar especialmente apropiado para caer en la cuenta de lo que realmente acontece: **se trata de «inscribir la gracia en lo cotidiano»** como recuerda C. Duquoc. «La historia es opaca y

escoger de todos los libros de la Biblia las perícopas que estimaran para el uso litúrgico. 3) La lista se envió a un centenar de especialistas en catequesis y otros tantos pastores. De ahí surgieron unas 2500 fichas con indicaciones útiles. 4) Después se estudiaron por tiempos litúrgicos y se elaboró un anteproyecto. Desde otro punto de vista discutible, debemos al P. Vagaggini el que haya tres lecturas los domingos (D. Juan Hervás apoyó esta propuesta y opinó que era una ocasión única para re-educar al pueblo en la Biblia). Ver BUGNINI, A., Op. Cit. pp. 357-354.

¹⁹ «En otras palabras, la homilía pretende que el texto proclamado sea «releído» por y para la comunidad a fin de que ésta se deje interpelar en presencia de Dios por el texto en función de su realidad, hic et nunc» en TILLARD, J-M., «Teología. Voz católica. La comunión en la Pascua del Señor» en BROUARD, M., *Enciclopedia de la Eucaristía*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2004, pags. 568-569.

los signos no se dejan leer de una manera transparente. Escrutar los signos de los tiempos para ser fiel a su vocación evangélica de inscribir en la historia una pre-gustación del Reino, constituye una tarea ardua para la Iglesia»²⁰. Este discernimiento tiene mucho que ver con la homilía si quiere ser fiel a la presencia de la gracia y no la quiere *abaratar* con comentarios extemporáneos que no ayudan a participar ni a descubrir el plan de Dios para este mundo. La novedad de lo sacramental es la novedad de Dios para nuestra historia.

Dios toca nuestro tiempo, nuestra historia y lo hace efectivamente, no de modo simbólico. Es decir, **en la Liturgia celebrada el acontecimiento es actuado, presencializado**: lo ritual se convierte en un elemento muy a tener en cuenta, esencial, para explicar la experiencia de la fe. Pero será la Palabra la fuente de fe y experiencia.

Lo fundamental de la Liturgia no es la explicación (atención al verbalismo) o los conceptos, es la acción. «La celebración es la forma en que la realidad de la fe se presenta y es percibida por la teología»²¹. El modo operativo de la Liturgia es **participar del Misterio**. La Teología propone el misterio de salvación pero de suyo no lo realiza. Aquí vale aquello de que la teología se *estudia de rodillas*. La Iglesia no pide, en la plegaria eucarística, que Dios aumente la fe de los participantes para que el pan y el vino se conviertan en Cuerpo y Sangre del Señor. Lo que pide es que intervenga Dios mismo por su Espíritu, es Dios el que se comunica.

²⁰ DUQUOC, CHR., *Creo en la Iglesia: precariedad institucional y Reino de Dios*, Sal Terrae, Santander 2001, p. 207.

²¹ OÑATIBIA, I., Art. cit. pp. 77-78.

Se entra en la Liturgia por vía práctica, no especulativa. La Iglesia realiza lo que ella es en devenir: Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu. Y todo esto lo hace con la humilde súplica de la oración y el sacramento; por eso la Liturgia es esencialmente comunicación entre Dios y el hombre, comunicación que tiende a la comunión. La Palabra es eficaz, realiza lo que significa.

Toda la doctrina de la fe está recapitulada y presente en la Liturgia. Es expresión de la fe cierta y no implica nada controvertido o dudoso. La Liturgia se convierte en el hogar en el que converge la teología. Es la oración de la Iglesia: esta expresa lo que cree. Cuando ora expone su fe y lo hace ante Dios, en un tiempo y un espacio que podemos llamar litúrgicos. Así la Liturgia no duda nunca: glorifique o haga penitencia, ella afirma. Su propósito no es especular, ni su ámbito el de la hipótesis, ni tampoco el de la subjetividad: expresa la verdad de fe²².

²² ANDRONIKOF, C., *El sentido de la Liturgia. La relación entre Dios y el hombre*, ed. Edicep, Valencia 1992, pp. 24-36. También sobre este tema, el capítulo que dedica a dogma y Liturgia, pp. 133-147 .



La Liturgia, «cumbre y fuente» de la vida cristiana (SC 10). No se puede hablar de vida cristiana que no celebra a su Señor. Insistencia ética.

Sólo si se convierte en *fuentes* de la vida eclesial la Liturgia estará en condiciones de llevar a cabo la mayor aspiración de la reforma litúrgica, es decir, no solo ser la tan necesaria *reforma* que la Iglesia ha hecho y seguirá haciendo de sus ritos sino que más bien será, en último término, la reforma que los ritos lograrán hacer de la Iglesia²³.

Pero no nos engañemos. Cuando pastoralmente todo está programado, la Eucaristía resume todo. Creado el pre-judicio, el ambiente previo (el que sea), entramos ya con el corazón preparado y dispuesto a terminar la jornada, quizá hemos colocado *misas* para todo. ¿No se podría intentar, primero, poner en el centro la escucha de la Palabra y el Pan para luego reconocerle «al partir el pan nuestro de cada día»? Si es fuente y culmen de la vida de la Iglesia, pienso que hay una cierta *saturación de eucaristías*. Mejor menos eucaristías y mejor preparadas (no digamos cuando el sacerdote que preside lleva tres, cuatro o cinco misas en un domingo o determinadas circunstancias). Un cierto cansancio en este sentido nos debería hacer pensar.

²³ GRILLO, A., *De la reforma necesaria a la reforma suficiente* en Phase 282 (2007) 505.

Pero queda claro que la Liturgia es esencial en la vida cristiana. En la Carta Apostólica que el Papa escribió con motivo del XL aniversario de *Sacrosanctum concilium* se preguntó: «¿qué es la Liturgia sino la voz unísona del Espíritu Santo y la Esposa, la santa Iglesia, que claman al Señor Jesús: «Ven»? (n. 1)... ¿se vive la Liturgia como «fuente y cumbre de la vida eclesial», según las enseñanzas de *Sacrosanctum concilium*? (n. 6)²⁴».

En el año 304, durante la persecución de Diocleciano, unos funcionarios romanos sorprendieron a unos cincuenta cristianos celebrando la eucaristía en casa de Emérito, en el norte de África. Acusados de actuar contra el Emperador, el dueño de la casa responde con una expresión que ya se ha hecho clásica: «quoniam **sine Dominico non possumus**», (no podemos estar sin el *Día del Señor*, sin el misterio del Señor). A los mandatos de la ley romana se opone el *no podemos* de la conciencia cristiana.

«No es una obediencia penosa a una orden externa de la Iglesia; es expresión de un deber y querer íntimo. Es un indicador de lo que se ha convertido en centro de la propia existencia, del ser entero. Indica algo tan importante que era preciso realizar aún con riesgo de la propia vida, desde una gran seguridad y libertad interior [...] Ellos no pensaron en una casuística que, ponderando la opción entre el deber dominical y el deber ciudadano, entre el precepto de la Iglesia y la amenaza de condena a muerte, pudiera dispensar del culto como urgencia menor. No se trataba de elegir entre un precepto y otro, sino entre el sentido de la vida y una vida sin sentido»²⁵. Es el testimonio de los que son llamados **mártires del domingo**.

²⁴ Carta Apostólica *Spiritus et Sponsa*, del Juan Pablo II en el XL aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia.

²⁵ RATZINGER, J., *Un canto nuevo para el Señor*, ed. Sígueme, Salamanca 1999, pp. 73-74.

No cabe duda de que la conciencia cristiana estaba absolutamente centrada en Cristo hasta dar la vida.

El problema sigue latente hoy de otro modo: ¿frente a un contexto pagano vivimos una honda conciencia cristiana respecto a la eucaristía dominical? ¿Qué lugar ocupa la Eucaristía, la experiencia sacramental, en la experiencia creyente hoy? Efectivamente, ya no se trata de cumplir con un precepto, está en juego nuestra conciencia cristiana.

Desde el principio de la misma Iglesia la comunidad acudía a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones (Hch 2,42). El mismo S. Pablo nos hablará también de las celebraciones comunitarias y sus riesgos, o del buen orden de las asambleas (1 Cor). La Iglesia ha vivido siempre de la Liturgia y también lo hará en este siglo XXI²⁶. El rostro de la Iglesia es eucarístico.

²⁶ TENA, P. *La Iglesia seguirá viviendo de la Liturgia en Cien años de renovación litúrgica*, Ponencias de las Jornadas Nacionales de Liturgia, ed. Edice, Madrid 2003, pp. 157-165.



«Participación plena, consciente y activa» (SC 14). Un nuevo modo de vivir la sacramentalidad. Insistencia pastoral.

Se trata de una expresión que aparece hasta dieciséis veces en la Constitución de Liturgia. Benedicto XVI ve en esto una cuestión de supervivencia de la Liturgia como tal: la necesaria interiorización como capacitación de los fieles para una profundización sumamente activa en el acontecimiento litúrgico²⁷.

La naturaleza misma de la Liturgia y el sacerdocio común de los fieles por su bautismo exige esta participación en el misterio celebrado. De hecho, la participación en la celebración litúrgica fue el objetivo último de la reforma (SC 30). Sin embargo, se trata de que los fieles lleguen al conocimiento del misterio de la fe a través de los ritos y las oraciones de la Liturgia (SC 48). No se trata de participar a través de una doctrina prefabricada que los fieles llevan consigo cuando participan. Es necesario que los fieles se dejen guiar por los ritos y oraciones y así llagarán al conocimiento y disfrute del *mysterium fidei*²⁸. La participación activa se convierte así en un nuevo modo de afrontar y vivir la teología sacramental.

²⁷ RATZINGER J., *La fiesta de la fe*, ed. DDB, Madrid 1999, 83 ss.

²⁸ MAZZA, E.; *De la última cena al siglo XXI* en *Phase* 268(2005) 237-261.

Por eso, es importante tener en cuenta que **para participar de forma plena en la Liturgia hay que conocer este misterio, estar iniciado en él**. Este fue el caso afortunado de las grandes catequesis mistagógicas de los Padres y del proceso de Iniciación Cristiana en los primeros siglos del cristianismo. La historia de la Liturgia demuestra cómo cuando ha faltado esta iniciación a la Liturgia se ha vivido desde la superficie, mucho más si acentuando su aspecto más jurídico o rubricista ha quedado demasiado apegada al cumplimiento más formal.

La participación activa nos hace vivir la Liturgia en clave de **«encuentro», «gesto»...** Mientras que **el encuentro** incorpora un elemento de contacto físico, **el gesto** añade la idea de una asunción concreta, una forma y un movimiento sensible, aprehensible... Si el acto no necesariamente resulta accesible a los sentidos, el encuentro y, más todavía, el gesto dependen claramente el ámbito de lo sensible. La comprensión del sacramento como acto y, más aún, **como gesto de Cristo nos permite aportar un fundamento teológico a una estética sacramental que debe traducirse en una estética litúrgica: Cristo se me hace contradictorio**.

Poniendo ante nuestros ojos la gestualidad litúrgica y su puesta en escena hemos de preguntarnos: ¿dónde reside aquí el elemento sensible, aquello que puede denominarse lo sensible específico? ¿qué es lo que se ve? Se ven gestos realizados por ministros de la Iglesia, y cada uno con su función, pero a través de estos gestos, a través de nuestros gestos, **lo que se ve son los gestos de Jesucristo**. Conviene recordar aquí la magistral fórmula de León Magno: «lo que era visible en Cristo ha pasado a la Iglesia en los sacramentos»²⁹.

²⁹ CASSINGENA-TRÉVEDI, F., *La belleza de la Liturgia*, ed. Sígueme, Salamanca 2008, págs. 22-23. Seguiremos a este autor en lo referente a la teología del gesto. Págs. 19-43.

Se trata de una participación que también debe entenderse en el sentido físico, en sentido biológico. No nos interesa la gesticulación. **La Liturgia expresa en la medida en que, en un despojamiento completo, en una renuncia total a lo superfluo, deja aparecer los gestos fundamentales de Cristo** y, de manera aún más radical, deja aparecer el gesto en persona, el gesto de Dios hacia nosotros, que es Cristo mismo. Pensemos aquí en el **gesto de la paz** como don del resucitado (¿no se ha convertido en la gesticulación de la amistad, única y exclusivamente?)

La estética litúrgica, que cuenta con nuestra participación, se funda sobre una **Cristología del gesto**. Es particularmente oportuno recordar la metáfora de Cristo como «Hijo y Mano de Dios», tan recurrente en San Ireneo de Lyon... El sacramento como prolongación de la mano del Padre que nos ha entregado todo en el Hijo. Esto quiere decir que la celebración litúrgica no depende de la esfera intelectual o de la idea pura, sino que implican el ámbito físico, operan una asunción integral de lo sensible de la materia de manera muy sencilla, porque se insertan en la economía de la Encarnación. Por tanto, es evidente que comporta una dimensión estética. Por eso podemos afirmar que **la Liturgia es un gesto bello de Cristo que coordina nuestros gestos con los suyos**³⁰.

³⁰ CASSINGENA-TRÉVEDI, F., *La belleza...*, p. 26.



La Liturgia, escuela de espiritualidad cristiana. Insistencia espiritual.

En la Carta Apostólica que el Papa escribió con motivo del 40 aniversario de la Constitución de Liturgia, en las perspectivas y desafíos a los que la Liturgia debe responder en el futuro, señala dos aspectos que llaman la atención: **cultivar la experiencia del silencio** «para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más estrechamente la oración personal con la Palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia. IGLH, 202» (13). Y dice también que la **pastoral litúrgica debe suscitar el gusto por la oración** (14). La pedagogía de la Iglesia debe ser audaz (y se refiere a la introducción de los fieles en la celebración de la Liturgia de las Horas, oración pública de la Iglesia, que es fuente de piedad y alimento de la oración personal –SC 90–).

La Liturgia es verdadera escuela de espiritualidad. La Liturgia, dice el P. Marsili, «es la fuente y el método de la espiritualidad propia y original de la Iglesia porque, en cuanto revelación, indica el camino en el cual se encuentra directamente a Dios y, en cuanto «presencia activa de Cristo», comunica la vida misma de Dios». Si la celebración es viva, digna, bien realizada, entonces llenará la vida espiritual del cristiano y no deberá buscar fuera de ella lo que se le da plenamente en la misma Liturgia³¹. **El bautizado tiene**

³¹ MARSILI, S., *Los signos del Misterio de Cristo*. Ed. EGA, Colección Tes-

ya una espiritualidad eclesial, una vida espiritual a desarrollar como Iglesia.

Históricamente la Liturgia fue en los primeros siglos el fundamento de toda la vida cristiana. Son muchos los testimonios de los Padres que nos hablan de cómo la Palabra de Dios es escuchada y meditada a través de la celebración. Recordemos las catequisis mistagógicas (los testimonios de san Ambrosio, san Agustín...). Pero poco a poco los cristianos se alejan de la Liturgia, no comprenden la lengua en que la celebran, ni sus ritos, ni sus símbolos, y se alejan de lo que la Iglesia les va ofreciendo. Así surgen las oraciones y ejercicios piadosos que ocupan su lugar pero la Liturgia debería haber sido el alimento de la vida espiritual. Esto dará lugar a **una división difícil de afrontar**:

a) por un lado, un gran desarrollo de la piedad personal, de las prácticas de devoción que prescinden de la vida litúrgica;

b) por otro, un alejamiento de la participación en la vida sacramental del Iglesia. La misma comunión sacramental comenzó a hacerse raras veces y es sustituida por la comunión espiritual³².

huva, Bilbao 1993. Sobre todo el capítulo referido a la espiritualidad litúrgica y sus principios, pp. 409-459. FLORES, J. J., *Traducir en la vida el misterio pascual. Apuntes para una espiritualidad litúrgica*. Ed. Paulinas, Madrid 1992, p. 14.

³² «Ya no es, pues, el Misterio de Cristo como tal y tal como lo presenta y lo vive la Liturgia, en su integridad y su objetividad redentora, lo que domina la vida cristiana. Ni siquiera son sus misterios por separado, vistos como momentos sucesivos de la revelación y la actuación del designio de la salvación, y con los cuales la Liturgia nos pone en contacto para reproducirlos objetivamente en nosotros. Todo se disuelve en la meditación-contemplación devota y amorosa de cada una de las partes de la humanidad de Cristo, que sirve sobre todo para suscitar sentimientos de «compasión», mediante la meditación de la Pasión». MARSILI, S., Op. cit. p. 429.

Recordemos a modo de ejemplo cómo con la corriente espiritual llamada *devotio moderna*, a partir de los siglos XIV–XV, la Liturgia pierde su sentido espiritual. Representa sólo un elemento exterior de la vida religiosa, la cual se va orientando hacia nuevas formas de piedad y devoción. La piedad tiende hacia formas más sensibles y subjetivas; la Liturgia, en su pura objetividad, no satisface la devoción de los fieles. La meditación será el modo más adecuado de entrar en contacto con Dios. La palabra de Dios queda relegada y ya no es orada ni alimenta la vida de los fieles. «Así pasarán los siglos más tristes para la vida litúrgica de la Iglesia»³³.

El hecho es que si la Liturgia no ha sido reconocida como forma de espiritualidad se debe a que se ha ignorado demasiado a menudo su verdadera naturaleza y ha quedado reducida sólo a forma exterior. La espiritualidad litúrgica no es sino la espiritualidad de la Iglesia. Es una espiritualidad objetiva en la que debe centrarse la vida del cristiano. Hoy los riesgos nos llegan del deseo de inmediatez, de la subjetividad, de una cierta *new age* que hace que el sujeto ante la confesión de fe en Cristo prefiera sus sensaciones, su «bienestar espiritual».

No es un tema fácil. Sin la Liturgia, la vida espiritual se empobrece, puede tomar incluso rumbos inesperados. Y sin la vida espiritual, la vida litúrgica se convierte en un formalismo. La Liturgia contiene en sí todo lo preciso y necesario para la vida espiritual del creyente, es una espiritualidad objetiva y sólida. A lo largo del año litúrgico la Iglesia ofrece en la meditación asidua, en la celebración, la presencia del Misterio Pascual en sus distintos aspectos. Es la vida misma de Cristo, su acción entre nosotros, la fuente misma de esta espiritualidad eclesial.

La espiritualidad litúrgica es cristocéntrica, pascual, bíblica, sacramental, cíclica, es una espiritualidad válida para todos, en

³³ FLORES, J.J., Op. cit, p. 19.

cualquier tiempo y espacio. Es universal. No pertenece a ninguna escuela ni se la puede apropiar ninguna corriente espiritual³⁴. No es extraño, en este sentido, que la *presencia eucarística* haya inspirado a tantos y tantos fieles en su vida espiritual.

³⁴ MARSILI, S., Op. cit. pp.449-459.

Conclusión. Más allá de lo sagrado: «por Cristo, con Él y en Él.

Hay un umbral más allá del cual el rito no puede funcionar. **La Liturgia exige un mínimo de distancia simbólica en relación con el lenguaje, los gestos y las actitudes de la vida corriente.** Distancia que hay que saber manejar. La Liturgia *funciona* pero no desfigurándola con una pretendida espontaneidad natural. La Liturgia está más allá de lo útil o lo inútil.

No dominamos el don de Dios, no dominamos la Liturgia: no usamos un vaso ordinario sino una copa, la Palabra no es una hoja de papel... hay un **«lenguaje silencioso»** que habla más que los discursos³⁵. Hemos confundido el misterio con lo oculto, o bien, hemos despreciado el ámbito de lo sagrado³⁶.

³⁵ CHAUVET, L. M., *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, ed. Herder, Barcelona 1991, pp. 336-343.

³⁶ MARDONES, J. M., *La vida del símbolo*, p. 22. «El predominio de la cultura de la imagen nos ha saqueado la interioridad. El anhelo de verlo todo ha conducido al intento de mostrarlo todo, incluso el interior del sujeto. Se quiso sacar a luz la introspección, y ésta se convirtió en exhibicionismo. De nuevo, cuando el decir, el mostrar, no respeta la dimensión de inefable que el mismo ser humano posee, se descalabra y sustituye la evocación y la sugerencia de la interioridad por el detalle o la demostración de lo pudibundo. La carencia de cuidado en salvaguardar el rastro de misterio del ser humano y su interioridad ha desembocado en la trivialidad... Hemos confundido el misterio con lo oculto»

Es evidente que la Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia pero es «fuente y culmen» de la vida cristiana. Las celebraciones presuponen las disposiciones requeridas para que la Palabra y los sacramentos den fruto de nosotros «pues **para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión**» (SC 9). Pero no cabe duda de que el cuidado de la celebración litúrgica sí influye en la experiencia viva del don de Dios para todos los fieles. Se trata del Misterio que nos da la vida.

Parece que estamos en tiempos donde **la participación y la adoración** aparecen con un sano equilibrio. Tenemos tiempo, el nuestro y el que Dios hace aparecer por gracia para un futuro siempre mejor.

No podemos hacer amanecer pero sí podemos madrugar para ver salir el sol. Nosotros no obramos la presencia del Resucitado pero sí podemos disponer nuestra vida para que Dios nos encuentre.